

## El poder de un cumplido



Tomás de Aquino sugirió una vez que es un pecado no dar un cumplido a alguien cuando se lo merece porque al retener nuestros elogios estamos privando a esa persona de la comida que necesita para vivir. Tiene razón. Tal vez no sea un pecado retener un cumplido, pero es un triste empobrecimiento, tanto para la persona que lo merece como para la que lo retiene.

No vivimos sólo de pan. Jesús nos dijo eso. Nuestra alma también necesita ser alimentada y su alimento es la afirmación, el reconocimiento y la bendición. Cada uno de nosotros necesita ser afirmado saludablemente cuando hacemos algo bien de manera que tengamos dentro de nosotros recursos que nos permitan afirmar a otros. ¡No podemos dar lo que no tenemos! Eso es evidente. Y así, para que podamos amar y afirmar a otros primero debemos sentirnos amados, ser bendecidos y ser alabados. La alabanza, el reconocimiento y la bendición edifican el alma.

Pero felicitar a los demás no sólo es importante para la persona que recibe el cumplido, sino también para la persona que lo hace. Alabando a alguien le damos a él o a ella un alimento necesario para su alma; pero, al hacer esto, también alimentamos nuestra propia alma. Hay una verdad sobre la filantropía que también es cierta para el alma: necesitamos dar a otros no sólo porque lo necesitan, sino porque no podemos vivir sanamente a menos que nos entreguemos a nosotros mismos. La admiración sana es filantropía del alma.

Además, admirar y alabar a los demás es un acto religioso. Benoit Standaert afirma que "la alabanza nace de las raíces de nuestra existencia". ¿Qué quiere decir con esto?

Al cumplimentar y alabar a los demás, estamos aprovechando lo más profundo de nuestra interioridad, es decir, la imagen y semejanza de Dios. Cuando alabamos a alguien más, entonces, como Dios cuando crea, estamos insuflando vida en una persona, insuflando espíritu en ella. La gente necesita ser elogiada. No vivimos sólo de pan, ni tampoco vivimos sólo de oxígeno.

La imagen y semejanza de Dios en nuestro interior no es un icono, sino una energía, la energía más real dentro de nosotros. Más allá de nuestro ego, heridas, orgullo, pecado, y la mezquindad de nuestros corazones y mentes en cualquier día, lo que es más real en nuestro interior es una magnanimidad y gracia que, como Dios, mira al mundo y quiere decir: "¡Es bueno! ¡Es muy bueno!" Cuando estamos en nuestro mejor momento, el más verdadero, hablando y actuando al margen de nuestra madurez, podemos admirar. De hecho, nuestra voluntad de alabar a los demás es un signo de madurez, y viceversa. Llegamos a ser más maduros siendo generosos en nuestra alabanza.

Pero la alabanza no es algo que demos fácilmente. La mayoría de las veces estamos tan bloqueados por las desilusiones y frustraciones dentro de nuestras vidas que cedemos al cinismo y a los celos y actuamos motivados por ellos en lugar de hacerlo por nuestras virtudes. Racionalizamos esto, por supuesto, de diferentes maneras, ya sea afirmando que lo que se supone que debemos admirar es novel (y que somos demasiado brillantes y sofisticados para sentirnos impresionados) o que dicho acto admirable fue hecho para vanagloria de alguien y no vamos a alimentar el ego de otra persona. Sin embargo, la mayoría de las veces, nuestra verdadera razón para ocultar elogios es que nosotros mismos no nos hemos sentido suficientemente elogiados y, por ello, albergamos celos y carecemos de la fuerza para elogiar a los demás. Lo digo con simpatía, todos estamos heridos.

Entonces también algunos de nosotros vacilamos para alabar a otros porque creemos que la alabanza puede estropear a la persona e inflar su ego. ¡Perdona la vara y malcría al niño! Si regalamos una alabanza, se le subirá a la cabeza a esa persona. De nuevo, la mayoría de las veces, esto es una racionalización. Los elogios legítimos nunca estropean a una persona. Aquella alabanza que es honesta y apropiada funciona más para humillar a su receptor que para malcriarlo. No podemos sentirnos amados en demasía, sólo más bien poco amados.

Pero, tu podrías preguntarte, ¿qué pasa con los niños que terminan siendo egocéntricos porque únicamente fueron elogiados y nunca se les disciplinó? El amor real y la madurez real distinguen entre alabar aquellas áreas de la vida del otro que son dignas de alabanza y desafiar aquellas áreas de la vida de otro que necesitan corrección. La alabanza nunca debe ser un halago inmerecido, pero el desafío y la corrección sólo son efectivos si el receptor primero sabe que es amado y reconocido apropiadamente.

Los elogios genuinos nunca se equivocan. Simplemente reconocen la verdad que está ahí. Es un imperativo moral. El amor lo requiere. Negarse a admirar cuando alguien o algo merece alabanza es, como afirma Tomás de Aquino, una negligencia, una falta, un egoísmo, una mezquindad y una falta de madurez. Por el contrario, hacer un cumplido cuando se debe es una virtud y un signo de madurez.

La generosidad consiste tanto en dar elogios como en dar dinero. Puede que no seamos tacaños en

nuestra alabanza. El místico flamenco del siglo XIV, Juan de Ruusbroec, enseñó que "los que no alaben aquí en la tierra serán mudos para toda la eternidad".

Ron Rolheiser

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/el-poder-de-un-cumplido](http://www.ciudadredonda.org/articulo/el-poder-de-un-cumplido)